

DEBBIE MACOMBER

Los conspiradores



Cuando Dori vio el anuncio que su hijo de once años, Danny, había puesto en el periódico, casi desfallece por la impresión. Viuda desde hacía varios años, Dori se había forjado una vida cómoda, tanto para ella como para Danny; una vida exenta de influencia masculina para su precoz hijo... y de un compañero amoroso para ella. Y ahora Danny había puesto aquel espantoso anuncio. Para empeorar las cosas, el primer hombre que llamó a su puerta, agitándole el periódico en la cara, fue Gavin Parker, un conocido comentarista deportivo, con una baja opinión de las mujeres...

Capítulo 1

—Danny, comete los cereales —suplicó Dori Robertson, mientras salía corriendo del baño hacia el dormitorio.

Se puso una falda de *tweed* y un jerséis, metió sus pies en sus zapatillas negras y se dirigió hacia la cocina.

—¿No vas a desayunar, mamá?

—No tengo tiempo.

Con la mayor rapidez que le fue posible, Dori untó mantequilla en dos rebanadas de pan, después abrió la puerta del refrigerador y sacó una naranja. Colocó las dos cosas en una bolsa de papel y abrió la tapa de su caja de galletas hechas en casa, pero solo encontró migajas. Danny tendría que conformarse con las comerciales.

—¿Por qué tenemos que correr siempre por las mañanas? —preguntó Danny, un chico de once años.

Dori se detuvo y comenzó a reír. Su risa era alegre y musical.

—Porque a tu madre le resulta difícil levantarse.

—¿También te retrasabas cuando papá estaba aquí?

Ella se volvió hacia su hijo, apoyada contra el mostrador de la cocina.

—No. Tu padre me llevaba una taza de café a la cama.

Brad tenía una forma especial de despertarla, con café y besos. Pero él se había ido y, con excepción de su hijo, tenía que enfrentarse sola al mundo. A pesar de las carreras, las mañanas eran siempre mejores que las noches solitarias.

—¿No te gustaría que yo te llevara café? Podría hacerlo —propuso Danny serio—. Te he visto prepararlo muchas

veces.

La emoción contrajo los músculos de la garganta de Dori. Cada día que pasaba Danny se parecía más a su padre. Miró con ternura los brillantes ojos azules del chico y la ancha franja de pecas que se extendía por su rostro, a la altura de la nariz. Los ojos eran del mismo tono que los de Brad; las pecas las había heredado de ella.

Sobreponiéndose a la emoción, dio media vuelta, tomó su taza y bebió unos cuantos tragos del café ya tibio.

—Eres muy considerado —comentó ella.

—Entonces, ¿puedo hacerlo?

—Seguro, ayudaría mucho —cualquier cosa sería mejor que las carreras de las mañanas—. Ahora, cepíllate los dientes y coge tu chaqueta.

Mientras Danny iba hacia el baño, Dori llevó el plato sucio al fregadero. El periódico de la mañana estaba abierto sobre la mesa. Ella lo dobló y lo puso a un lado. En una época, el chico devoraba la sección deportiva. Últimamente, eran los anuncios clasificados los que veía. Ella no podía imaginar siquiera qué interés tenía Danny en los anuncios.

«¡Los niños... tenían cada idea!», decidió alegre.

El volvió a su lado y juntos salieron a la cochera. Mientras Dori movía el Dodge, por el angosto sendero de entrada, Danny cerró la puerta del garaje.

—Un día —declaró cuando su hijo se instaló en el asiento delantero—, voy a instalar una puerta automática.

—¿Para qué? —Preguntó el chico mirándola con curiosidad— me tienes a mí.

Una sonrisa iluminó el rostro femenino.

—Es cierto. ¿Para qué?

Siguieron varios minutos en que Danny permaneció en un extraño silencio. Su aspecto preocupado desconcertó a Dori.

—Oye, mamá, he querido decirte algo desde hace unos días.

—¿Qué? —Preguntó Dori de manera automática, pensando que el tránsito de Seattle se ponía peor cada mañana—. No es algo serio, ¿verdad, hijo?

Danny encogió los hombros.

—Yo sé que tú querías mucho a papá, pero creo que ya es hora de que me encuentres otro papá.

Dori frenó de golpe. El automóvil se detuvo ante la luz roja y ella se volvió hacia su hijo, con los ojos verdes abiertos al máximo.

—¿Es hora de qué? —preguntó incrédula.

—Han pasado cinco años, mamá. Papá no quería que tú te pasaras la vida llorando por él. El año próximo pasaré a secundaria y un chico necesita un papá a esa edad.

Dori abrió la boca, buscando palabras sabias que no acudieron a ella.

—Puedo hacer el café por la mañana y todo eso, pero tú necesitas un esposo y yo necesito un padre.

—Esto es repentino, ¿no? —su voz era un murmullo ronco.

—No, hace tiempo que he pensado en ello —Danny volvió la cabeza hacia atrás y señaló con una mano en esa dirección—. Mamá, te pasaste de la escuela.

—¡Caramba! —encendió sus señales para dar la vuelta y se dirigió hacia el carril derecho con una breve mirada al retrovisor.

—¡Mamá... cuidado! —gritó Danny cuando el parachoques trasero quedó a escasos centímetros de un automóvil extranjero.

El conductor del otro automóvil hizo sonar su bocina y la siguió hacia una calle lateral que la llevaría de regreso a la escuela.

—Ese tipo nos sigue, mamá. ¡Y vaya si parece enfadado!

—¡Qué gusto me da! —los dedos de Dori sujetaron con fuerza el volante.

Con la cabeza todavía vuelta hacia atrás, el chico continuó:

—Parece que está anotando el número de tu matrícula.

—¡Maravilloso! ¿Y qué piensa hacer? ¿Pedir que me arresten?

—¿Podría hacerlo? —Danny volvió su atención a la agitada madre.

—Sí.

El rostro duro que ella había visto brevemente por el espejo, seguro pertenecía a un hombre inflexible. Los profundos ojos se habían empequeñecido y brillaban a causa de la ira. El cabello, claro y ondulado, iba peinado hacia atrás. No era apuesto, pero sí muy varonil.

—Yo lo he visto antes —comentó Danny con aire pensativo—, pero no sé quién es.

Dori dio la vuelta a la derecha y se detuvo frente a la escuela de su hijo. El hombre que viajaba en el Audi 5000 se detuvo atrás y bajó del automóvil.

Ella abrió la puerta y salió, casi contra su voluntad. Distráida, quitó un mechón de cabello castaño rojizo de su hombro y caminó hacia el desconocido. Iba vestido con un impecable traje de tres piezas y calzaba costosos zapatos de piel. Siguió con atención todos sus movimientos, con actitud amenazante. Dori estaba decidida a no dejarse impresionar. Con una seña le indicó a Danny que permaneciera en el coche; pero él se mantuvo alerta.

—No me gusta que me sigan —dijo Dori, a sabiendas de que el ataque era la mejor defensa.

—Y a mí no me gusta que traten de sacarme del camino.

—Me disculpo por eso, no lo vi cuando iba a cambiar de carril...

—No se molestó usted en mirar por el espejo retrovisor.

—¡Claro que sí! —declaró Dori, levantando un poco la voz.

Por primera vez notó ella una gran mancha color café en la chaqueta de él. Esbozó una leve sonrisa.

—¿Qué le parece tan divertido? —preguntó él con aspereza.

Dori dirigió la vista hacia el pavimento.

—Perdóneme. No quise ser descortés.

—La cosa más educada que podría hacer, señora, sería no conducir un automóvil.

Con las manos en las caderas y los ojos brillando por la ira, Dori avanzó un paso.

—Hay una ley en el Estado de Washington, que prohíbe beber, sin importar lo que sea, mientras se está al volante. No es mi culpa que se tirara el café encima. No debía llevarlo en el coche.

—Estuvo a punto de causar un accidente.

El también caminó un poco y Dori se estremeció cuando notó la furia del hombre.

—Ya le he pedido disculpas. Si eso no basta, permítame pagar la cuenta de la lavandería por la limpieza de su chaqueta.

La campana de la escuela sonó en esos momentos y Danny salió corriendo con sus libros y el almuerzo.

—Me voy, mamá.

Dori hurgaba en el fondo de su bolso, buscando una tarjeta.

—Está bien, que tengas un buen día.

Ella esperaba que alguno de los dos lo tuviera. El suyo no parecía prometedor.

—No olvides que voy a entrenar al fútbol después de clases —le recordó el chico.

—Lo tendré presente.

—¿Me prometes pensar en lo que te dije? —Como ella lo miraba sin comprender, Danny se apresuró a añadir—: Ya sabes... lo de conseguirme otro papá.

Ella se sonrojó intensamente. Trató de ignorar al desagradable individuo que estaba frente a sí.

—Lo pensaré —murmuró.

Una gran sonrisa iluminó el rostro infantil.

Ella continuó buscando en su bolso, para disimular su profunda confusión. Otro hombre habría tratado de tranquilizarla; este no lo hizo.

—Estoy segura de que traía aquí una de mis tarjetas —murmuró ella.

—Olvídelo.

—No. Soy responsable de lo sucedido y debo pagar —como no pudo encontrar lo que quería, Dori escribió sus datos atrás de la lista de compras que había hecho—. Tome —añadió, extendiéndole el papel.

Él lo examinó y lo metió en el bolsillo de su chaqueta.

—Gracias, señora Robertson.

—Espero que me envíe la cuenta, ¿señor?...

—Parker —contestó él de mal talante—. Gavin Parker.

Dio media vuelta y se dirigió al automóvil. El hombre le pareció familiar a Dori, mas no pudo recordar dónde lo había oído. Era extraño, Danny también dijo conocerlo.

—¡Señor Parker! —exclamó ella, levantando un dedo.

—¿Sí? —él se volvió hacia ella con obvia irritación.

—Perdóneme. ¿Me permitiría ver el papel que le di?

Con fingida paciencia, él se lo dio.

Los ojos de ella recorrieron con rapidez la lista.

—Gracias, solo quería asegurarme de que no olvidaba nada.

La fría mirada que el señor Parker le dirigió, la deprimió y cuando Dori subió a su automóvil y se dirigió a la oficina de seguros donde trabajaba, había olvidado el contenido de la lista. ¡Qué hombre tan irritante! El solo recordar sus ojos era suficiente para estremecerla. La boca, sin embargo, era interesante. No le prestó mucha atención, desde luego, pero era una de las mejor formadas que había visto. Además, él poseía cierta gracia felina, Dori puso freno a sus pensamientos. ¡Qué ridiculez! Aquel tipo desagradable no merecía que ella le concediera un solo pensamiento.

Al sentarse ante su escritorio, estaba molesta aburrida y diez minutos retrasada.

—Llegas tarde —anunció Sandy Champoux.

—No lo había notado —comentó Dori, sarcástica. Guardó su bolso en el último cajón y parecía estar enfrascada en la lectura de un expediente, cuando el señor Sandstorm, su jefe, pasó unos minutos más tarde.

—Siempre llegas en el momento oportuno —comentó la otra mujer—. ¿Qué sucedió esta mañana?

—Además de que estuve a punto de chocar con el coche de un hombre desagradable, Danny me dijo que ha llegado el momento de que le encuentre un nuevo papá.

—El chico tiene razón.

Fingiendo inocencia, Dori declaró:

—¿Quién tiene razón? ¿Danny o el individuo detestable?

—¡Danny! Deberías casarte de nuevo. Ya es hora de que vuelvas al mundo de los vivos.

—¡Ah! —Dori miró hacia el techo—. Tú no entiendes el problema. Mi hijo desea un padre al igual que quería una bicicleta de diez velocidades. No está interesado en un marido para mí... —se detuvo y se mordió de pronto el labio inferior, como si se le hubiera ocurrido algo—. ¡Eso es! ¡La bicicleta de diez velocidades!

—¿Vas a sobornar a tu hijo?

—No, solo se me ha ocurrido una idea. Después te la contaré, si resulta.

Sandy tomó otra póliza, para trabajar en ella.

—Como quieras.

A pesar de su inquietante situación, el día pasó, sin nuevos incidentes. Dori ansiaba hablar con su hijo, cuando este llegó a la casa a las cinco y media, con sus zapatos de fútbol colgados al cuello.

—Hola, mamá, ¿qué hay de comer?

—La cena, que estoy preparando.

—Mi apetito es voraz.

—Me da mucho gusto. Pon la mesa —Dori esperó a que el chico se lavara las manos, antes de decir—: He pensado en lo que me sugeriste esta mañana.

La gran sonrisa de Danny formó hoyuelos en su cara.

—¿Qué decidiste?

—Bueno... —Dori continuó dorando la carne mientras hablaba—. Debo admitir que la idea no me entusiasmó mucho, al menos al principio.

—¿Y ahora? —Danny se quedó de pie frente a la mesa y miró a su madre.

—Cuanto más medito en el asunto, admito que tienes un poco de razón.

—Entonces, ¿podemos empezar a buscar? —Su joven voz vibró de ansiedad—. Ya tengo algunos prospectos. Hay uno que ayuda al entrenador con el equipo de fútbol, que sería sensacional; pero creo que no tiene edad suficiente. ¿Te parecería demasiado joven un hombre de diecinueve años?

Esto era peor de lo que Dori imaginó.

—No te precipites hay que seguir un procedimiento.

—¡Oh, vaya! —murmuró el chico, disgustado—, ya sé lo que eso significa.

—Significa que después que hayamos cenado y lavado los platos, vamos a hacer una lista como la que elaboramos cuando querías tu bicicleta.

Danny se alegró en el acto.

—¡Esa es una gran idea!

Dori observó que su hijo cenaba a velocidad supersónica. Y tan pronto como estuvieron lavados y guardados los platos, sacó un cuaderno para escribir.

—¿Lista? —preguntó, impaciente.

—Seguro.

—Primero... debe ser alguien tan viejo como tú, ¿no?

—Debe tener por lo menos treinta años —declaró Dori.

—Y alto, porque papá sí lo era y se vería gracioso que te casaras con uno bajito. No quiero ser más alto que mi

nuevo papá.

—Creo que eso tiene sentido —reconoció, impresionada de la seriedad con que su hijo tomaba el asunto.

—Deben gustarle los deportes, pues a mí me gustan mucho. Yo sé que tú lo haces lo mejor que puedes, mamá, pero de veras, necesito alguien que pueda lanzar una pelota mejor que tú.

—Creo que esa es buena idea.

—Y también sería sensacional que supiera karate.

—¿Por qué no?

El lápiz de Danny se movía con rapidez en el papel, mientras añadía esta última especificación a la creciente lista.

—Y lo más importante... mi nuevo papá debe quererte mucho.

—Sería muy agradable —murmuró Dori, con voz trémula.

Brad la había amado tanto, que por un tiempo pensó que moriría sin él. Aun después de los años transcurridos, la capacidad para amar a otro hombre con igual intensidad, parecía extinta.

—¿Y ahora qué? —Danny levantó la vista.

—Ahora —dijo ella, conteniendo un momento la respiración—, ya que sabemos lo que necesitamos, esperaremos a que el hombre adecuado haga su aparición.

—Eso podría tardar mucho tiempo.

—No, si los dos nos mantenemos con los ojos muy abiertos —tomó la lista de la mano del chico y la colocó en el refrigerador adherida con un imán de forma de fresa—. ¿No es hora ya de tu baño, jovencito?

Danny guardó el cuaderno y el lápiz en un cajón de la cocina y se dirigió a su dormitorio.

Dori fue a la sala, tomó su bordado y encendió el televisor. Tal vez Danny tenía razón. La vida debía ser algo más que trabajo, obligaciones y pasatiempos tan simples como el bordado y la televisión. No se negaba a conocer a otros

hombres. El verano anterior Sandy le concertó una cita con el amigo de un amigo. La velada resultó un desastre y Dori se opuso a los siguientes intentos de su amiga de buscarle pareja. Además, no sentía una gran necesidad de compañero, Danny llenaba su vida.

Sin embargo, el niño necesitaba una figura paterna, sobre todo ahora que se acercaba a la adolescencia. Dori se preguntaba si alguien podría sustituir a Brad, quien murió cuando Danny tenía seis años.

La casa estaba muy silenciosa, el niño entraba y salía del baño con tanta rapidez que su madre se cuestionó si de verdad se había duchado.

Cuando se disponía a investigar, el niño entró como un bólido en la habitación, con un paquete de tarjetas que obsequiaban unos chicles, en la mano.

—¡Mamá, el hombre de esta mañana era Gavin Parker!

—Ya lo sé —contestó ella levantando la vista de su bordado.

—Mamá... —la voz juvenil reflejaba asombro—. ¿Por qué no me lo dijiste? Yo quiero su autógrafo.

—¿Y para qué?

—¡Para tenerlo! ¡Él es el mejor atleta que ha habido en el mundo!

Dori decidió ignorar la exageración de su hijo. Gavin Parker pudo ser un consumado deportista, pero era descortés y arrogante. El tipo de hombre que a ella le desagradaba. Danny exclamó:

—Mira —extendió una de las tarjetas hacia su madre.

Sí, el hombre era el mismo, pero las facciones eran de un individuo más joven y alegre. El señor al que trató por la mañana estaba amargado y desilusionado. Desde luego, las circunstancias de su encuentro no habían sido agradables.

En el reverso de la tarjeta venían su estatura, peso y una breve biografía. De acuerdo con la información, Gavin fue *quarterback* en el equipo de fútbol americano *Raiders* de

Oakland. Llevó a su equipo a dos campeonatos en el Super Tazón. En el año que se retiró, Gavin recibió el premio del Jugador Más Valioso.

—¿Cómo supiste quién era? —preguntó Dori, asombrada—. Aquí dice que dejó de jugar hace seis años.

—Mamá, Gavin Parker fue uno de los más grandes astros deportivos. Todo el mundo sabe de él. Además, él hace los comentarios de los partidos de los Vikingos, los domingos.

Todos los domingos, Dori y Danny iban a comer con los padres de ella. De forma vaga, ella recordaba los encuentros que habían capturado siempre la atención de los dos hombres de su vida: su padre y su hijo. A ella nunca le interesó mucho el fútbol.

—Danny —dijo Dori con un profundo suspiro—. Dudo mucho que volvamos a ver al señor Parker.

—Ahora los muchachos no me van a creer cuando les diga que mi mamá casi sacó del camino al gran Gavin Parker.

—Tal vez no lo entiendas —dijo Dori con suavidad—, pero yo preferiría no informar al mundo de nuestro accidente de esta mañana.

—¡Oh, mamá!

—¿Ya hiciste la tarea?

Con la cabeza inclinada, el chico volvió a su dormitorio.

A la mañana siguiente, casi al alba, Dori fue despertada con unos golpes a la puerta de su dormitorio. Ella se levantó con esfuerzo sobre un codo y se retiró de la cara unos mechones.

—Buenos días, mamá... —Danny, ya vestido con *jeans*, entró en la habitación, con una taza humeante en la mano.

—Mis ojos me engañan —murmuró ella, apoyándose contra la almohada—. Yo pensé que veía un ángel, que traía buenas nuevas y una taza de ambrosía.

—No —contestó Danny sonriendo—. Es solo café.

—Bendito seas, hijo mío.

—¿Mamá?

—¿Sí? —dominando la tentación de ocultar la cabeza en la almohada y seguir durmiendo, Dori abrió los ojos.

—¿Tú... quiero decir, siempre eres así cuando despiertas?

Dori parpadeó y de nuevo se alisó con la mano su abundante y rebelde cabellera.

—¿Por qué?

Danny pareció turbado.

—Si alguien te viera con el cabello de ese modo, creo que no conseguiríamos nunca un nuevo papá para mí.

—Trataré de mejorar.

—Gracias —ya más tranquilo, el chico salió de la habitación.

Murmurando entre dientes, Dori se levantó y se dirigió al baño. Una sola mirada al espejo de este bastó para que comprendiera que Danny tenía razón. Y su cabello no era lo único que necesitaba mejorar.

Cuando ella llegó a la cocina, había logrado transformarse lo suficiente para que el niño le dirigiera una radiante sonrisa de aprobación.

—Ahora sí te veo muy bonita.

—Gracias.

Dori volvió a llenar su taza con café y trató de no revelar lo amargo que estaba. Más tarde, con el máximo de diplomacia que fuera posible, enseñaría a Danny a preparar un buen café.

—¿Crees que volveremos a encontrarnos con Gavin Parker al llegar a la escuela? —preguntó Danny cuando salieron de la casa.

—Lo dudo —contestó Dori—. Tal vez no viva en Seattle.

Eso desalentó al muchacho, aunque de cualquier modo observó atento a los conductores de los vehículos que pasaban cerca de ellos.

Danny no volvió a mencionar a Gavin ese día, ni al siguiente y Dori tuvo la certeza de que nunca volvería a saber del «mejor atleta que ha habido en el mundo». Sin embargo, a principios de semana le sorprendió que le llegara una nota de la lavandería por correo.

El sobre había sido escrito a máquina y Dori se preguntó si el señor Parker habría dado instrucciones a su secretaria de hacer eso. Además de la nota de la lavandería, se hallaba la lista de compras en la que ella escribiera su dirección. El rubor tiñó las mejillas femeninas, cuando vio que él había agregado, de su puño y letra, un renglón más. «Lecciones de conducción de coches».

Cuanto más pronto terminara cualquier relación con ese individuo, mejor. Acababa de hacer el cheque por el importe de la nota, cuando entró Danny.

—¿Qué haces? —preguntó el niño con curiosidad.

—Liquido una cuenta.

Con aire culpable, bajó la vista a su chequera, sin mencionar a quién enviaría el dinero.

Por la mañana del siguiente sábado, Dori salió de su dormitorio, atando el cinturón de su bata. El sonido de los dibujos en el televisor de la sala, le aseguró que Danny se había levantado. Un plato ya vacío, en la mesa, fue testimonio adicional de su presencia. El café estaba preparado y con una leve sonrisa, Dori se sirvió una taza y la diluyó con leche.

—Te has levantado —Danny entró en la cocina y sonrió con aprobación al ver que ella se había peinado.

—Deja ya los dibujos, quiero que trabajemos en el jardín.

—Tengo un partido de fútbol.

—Eso es a las once y media.

—¡Oh, mamá, detesto la jardinería!

—Yo también, pero tenemos que hacerlo.